

# Emma Mauricia Moreno

## Paso en falso (fragmento)

Las hijas de Marcial Arriaga se han desarrollado. Siguen siendo de color canela, Luisa, y Roberta muy blanca. Si su color es diferente sus caracteres son opuestos. Roberta tiene la tranquilidad de su madre y Luisa se parece a su padre. Las dos siguen estudiando, pero conforme el tiempo transcurre, Luisa, con sus trece años cumplidos, se muestra audaz, voluntariosa, inteligente y dada al coqueteo con sus conocidos y no tan conocidos. Roberta le ha llamado la atención varias veces.

—Esa no es una actitud muy apropiada en señoritas —le dice mientras su ingenua cara se cubre de rubor.

Roberta toca medianamente la mandolina y el violín; pronto cumplirá 15 años. Su padre quiere organizar un viaje para festejar a sus niñas, pues hace tiempo que las fiestas abandonaron la casa, a partir de que se alejaron de amigos y conocidos por el origen de su mujer, aunque puede jurar que no ha extrañado esas reuniones acartonadas y llenas de falsos sentimientos. La enfermedad de su mujer y la corta edad de sus hijas completaron el retiro y le quitaron importancia a los convivios. Algunas mañanas, mientras se arregla, se interroga cuál será el lugar indicado. Ha sufrido un fracaso financiero por haber prestado dinero para asuntos idealistas. Ahora las cosas han mejorado y prácticamente todo ha regresado a la normalidad. No desea escatimar nada

para su pequeña familia. Ha comprado instrumentos nuevos para Roberta y un baúl lleno de ropa hecha en el estado por costureras y sastres oriundos con alguna fama entre los ricachones.

Pese a que adquirió ropa para Roberta en Toluca, se cuidó de no ignorar a Luisa y le compró cuanto deseaba en la ciudad de México. Visitaron las grandes tiendas. Que sus hijas luzcan tan bellas con esas ropas lo hace sentir que no debió cumplir la promesa de dejarlas que seleccionaran los trajes. “Pronto vendrán a quitarme a mis hijas. Tal vez haría bien en buscar otra mujer que pueda ocupar el lugar de Canuta”, piensa, pero rápidamente rechaza la idea. Sus hijas lo necesitan y además ninguna mujer podría compararse con su esposa. Acepta que sí, era indígena, pero llegó tan joven a su lado que nunca encontró en sus costumbres motivo de enojo.

El festejo de la familia ha salido de maravilla. La idea fue de sus hijas y resultó del agrado de los tres. Roberta le había dicho:

—Papá, no es necesario ir al extranjero, deseamos recorrer México, los lugares pueden ser seleccionados por ti, has estado en muchas ciudades.

Así que Marcial se propone nuevamente cumplir los anhelos de sus hijas. Resulta claro que no podrán recorrer en un día todo lo que ellas quieren. Serán necesarios muchos fines de semana para cumplir el plan en el Distrito Federal: tiendas, museos, restaurantes, la pastelería El Globo, Xochimilco, la Villa de Guadalupe, el Castillo de Chapultepec y tantos otros lugares que las niñas quieren conocer. Luego de este viaje mental y de asumir que tomará bastante tiempo cumplirlo, admite también que sus hijas tienen razón en eso de que han salido muy poco. Son muy buenas señoritas, así que se promete a sí mismo llevarlas a conocer lo que deseen y muchas cosas más, no importa lo caro o lejano que sea.

—Lo primero que haremos —les dice— será visitar las tiendas para que seleccionen a su gusto ropa decente y apropiada.

Roberta está indecisa, escoge prendas fisionando el precio en primer lugar. Piensa que es un gasto exagerado y que bien podrían hacer los trajes en Toluca, como era su costumbre, y con los sastres conocidos. Luisa no se detiene en precios, y de ser un poco más alta y menos aniñada se decidiría por ese traje que está en exhibición en El Palacio de Hierro. Es un vestido de color beige en raso de seda del que no pudo apartar la vista y que la hace sentir molesta porque contradice su estatura y kilos de más. Su padre pondría cara de enojo si ella se atreviese a pedir un corsé, así que decide pedirlo por catálogo, un sistema muy solicitado. La cantidad que su padre les asignó para sus gastos le parece insuficiente. Tal vez su hermana acepte entregarle su mesada para que pida a *La Corsetería Francesa* la prenda anhelada.

Marcial Arriaga parece leer la mente de sus hijas. Se queda mirando la ropa que codician, sobre todo Luisa, su pequeña niña, en la que adivina alcances fuera de su edad.

—Ven —le dice—, hay un departamento para niñas.

—¡No, padre, ya no soy tan niña! Recuerda a la hija del dueño de la hacienda Esperanza, se ha casado y es de mi edad...

—Lo sé, pero debes entender que su boda fue por razones de fuerza mayor.

—¡Deja que escoja lo que me gusta!

¡Muy bien!, pero nada de seda, prefiero que sea lana o lino. El costo no importa. Y nada de corsés ni crinolinas, les advierte a ambas. Ropa muy sencilla para colegialas, y si no encuentran nada a su gusto y necesidades vamos a El Puerto de Veracruz.

A regañadientes, toman las prendas que sin ser de niña están más acordes con su edad. Trapos sencillos de tela de lino, lana, terciopelo. Compran unos trajecitos de color musgo, hoja de tabaco, blanco, rosa y azul; los vestidos, sin polizón, tienen pliegues en la retaguardia y una cinturita tan estrecha que Luisa se siente defraudada.

—Nunca podré usar este vestido si no compro un corsé. Ya los he visto en una revista.

—No creo que exista algo de tu talla —le dice Roberta sin poder disimular la risa—, además, cuando dejes de usar esa prenda te vas a desparramar.

—¿De qué te ríes? ¿Acaso no te gustaría lucir esa cinturita?

—No quiero que te molestes, pero el sastre dice que no necesitaré por mucho tiempo esa tarria.

—¿Tarria?, si no somos burros, ¿qué le contestaste, zonza?

—Eso de la tarria lo digo yo, para que no insistas en lucir como mujer de revista.

—Me gustaría ser muy alta, así como palmera.

—Te ves como palmera, pero solamente de la cabeza. Tu pelo es crespo, y si te descuidas...

—¡Qué odiosa eres! —exclama muy molesta.

Marcial camina despacio, pero permite que las chicas se harten de ver todo lo que exhiben las tiendas. Regresan a Toluca con muchas cajas. El chofer se pasó el tiempo dormitando en el coche, comió lo que se le antojó y de no ser por los rayos del sol, se hubiese sentido como en día de asueto.

—Es necesario un guardarropa más grande para Luisa —ironiza Roberta abriendo los ojos al máximo al ver los montones de paquetes—, lo que no me explico es para qué quieres el traje de baño y cómo convenciste a mi padre de comprarlo.

—No seas tonta, escogí un color muy claro y luce igual que la ropa interior.

—Hasta en eso eres mañosa. Bueno, que disfrutes tus compras y que nos dure muchos años nuestro padre. Otra cosa: el guardarropa de mi mamá está desocupado, y seguramente cabrá todo lo que traes. Hace algunos años nos

servía para escondernos, ¿recuerdas? Cabías en el portasombreros de papá. Cómo nos reíamos.

—Sí, también recuerdo que terminamos por llorar porque fue nuestra madre la que nos enseñó a escondernos ahí.

Roberta siente el corazón alborozado. Su padre las colmó de regalos al gusto de ellas y sin haber faltado a las reglas, así como de comida y dulces. Rememora el momento en que mientras ella seleccionaba la ropa su padre se quedó un gran rato en silencio, con la mirada fija, seguramente pensando en que Luisa terminará por irse de su lado. No está equivocado. En la cabeza del padre es claro que Luisa actúa como una mujer y que siempre ha sido precoz en todo. Aprende con facilidad no solamente en la escuela, sino en los libros y las revistas.

Luisa compró finalmente un ejemplar de *La Corsetería Francesa*. La revista causa escándalo porque una dama de Zitácuaro aparece posando en ropa interior, con un corsé que luce en todo su esplendor. La dama pertenece a la familia del admirador de Roberta, y Luisa se ha dado cuenta. Su hermana lo negará permaneciendo en silencio. No dirá nada al respecto, aunque ahora siente que ya es tiempo de contar con un prospecto. Sospecha que de hablar del asunto con Luisa ésta pondrá al tanto a su padre y con esa cabeza loca que tiene lo más seguro es que buscará novio para no quedarse atrás. Haber cruzado algunas miradas y unas pocas palabras no tiene más intención que entablar una buena amistad. Roberta siente que su corazón late de tal forma que ella termina por inquietarse —no plantea la causa al revés— y se repite una y otra vez que el motivo de esa angustia está en el temor de que algún conocido de su padre la haya visto y lo ponga al tanto. La parienta de su conocido es la chica en corsé que aparece en la foto. No se puede negar que es hermosa, pero, ¿se dará cuenta del escándalo que ha ocasionado? No solamente luce el corsé, sino unos encantadores calzones con adornos de encaje en los holanes. Todo el conjunto en color blanco, hasta las chinelas que resaltan la belleza de sus pies bien moldeados. Pasan por su mente un sinnúmero de imágenes y pensamientos producto del temor, ya casi obsesivo, de que su hermana haga un día algo semejante. Le preocupa la sola posibilidad de que Luisa cometa ésa o una locura parecida. No, no hay motivo para pensar en que algo así ocurra. Es cierto que está un poco loca, pero de ahí no pasa. Es Luisa precisamente quien la saca de sus abstracciones.

—Roberta, ¿te gustaría que la semana próxima en lugar de ir a la Alameda recorramos los portales? Cuando salgamos de clases le pediremos a Pedro que nos lleve al Portal de Riscos, dicen que...

—No empieces con tus aventuras, tenemos muchas tareas, se aproximan los exámenes, y no solamente en la escuela, también en música, y debemos asistir a la Iglesia de la Merced para que le manden el informe a nuestro padre sobre las festividades de la Patrona de la iglesia. Año con año ha sido el mayordomo. En esta semana o la entrante se inicia el novenario.

—¡Ya basta, Roberta! Parece que estoy escuchando a la vieja sirvienta.